

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: 8
Padre Arnaldo Bazán

"Otra parábola les propuso, diciendo: "El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña" (13,24-26).

En esta nueva parábola descubrimos la insistencia de Jesús en enseñarnos que tenemos un enemigo.

Ya sabemos que a Jesús no le gusta que tengamos enemigos, sino todo lo contrario. Su mandamiento es que nos amemos unos a otros como El nos ha amado.

Y este mandamiento nos obliga incluso con aquellos que se declaran enemigos de nosotros y hasta tratan de hacernos daño, consíganlo o no.

No podemos considerarnos enemigos de nadie, y si otros se consideran como tales con respecto a nosotros, pues debemos ofrecerles, si no nuestro cariño, que es algo que sale espontáneamente de nuestro corazón, al menos lo que llamamos el amor de benevolencia y de beneficencia, lo que significa que debemos hacerles el bien y desearles el bien y nunca hacerles mal ni desearlo siquiera.

Pero con este otro enemigo de que nos habla aquí no podemos hacer las paces. El tuvo una oportunidad y la perdió. Era un ángel y se convirtió en Diablo. Era Lucifer (el que lleva la luz) y se volvió Satanás. Y con él llevó consigo a la perdición a parte de los ángeles y a muchos humanos (ver Apocalipsis 12,7-9).

Las Escrituras nos lo presenta como el enemigo irreconciliable de Dios, que recibió permiso para tentar a los hombres. No es que tenga un poder ilimitado. Sólo los que se apartan de Dios deben temerlo.

Con todo, las Escrituras nos advierten también que debemos mantenernos alerta para descubrir sus asechanzas. Jesús nos dio ejemplo de cómo enfrentarlo con oración y ayuno, buscando la fuerza en Dios y no en nosotros mismos. Nada podríamos contra él si nos encontramos solos.

Hoy hay quienes, para conseguir dinero, poder y placeres, se le entregan completamente, creyendo en aquella promesa que se atrevió a hacer al propio Jesús, de darle toda clase de riquezas: "Todo esto te daré si postrándote me adoras" (Mateo 4,9).

Pero Jesús nos advierte que si caemos en sus garras sólo podremos esperar esta sentencia condenatoria: "Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles" (Mateo 25,41).